

al mundo. Por consiguiente, se negaban á prestar juramento ante los tribunales, se negaban á servir en el ejército, se negaban á pagar los diezmos, reprobaban todos los usos de la vida ordinaria que eran ajenos á la santidad cristiana (1). Los cuákeros arros-traron la persecucion y las burlas; á decir verdad, no se equivocaban más que en una cosa; en tomar el Evangelio en serio y en querer convertirlo en regla de la sociedad: «No está permitido, decian, hacer uso de diversiones, ni aún con pretexto de distraccion; la risa, las diversiones, las conversaciones frívolas, no son dignas de la gravedad cristiana. El Apóstol nos manda, aún cuando estamos comiendo ó bebiendo, que hagamos todo para gloria de Dios: ¿es glorificar á Dios el entregarse á estas fútiles ocupaciones? El Apóstol dice que el tiempo urge, que el fin del mundo se aproxima: ¿son cristianos los que creen que la vida es demasiado larga, y que para matar el tedio hay que olvidarla en fútiles placeres? El Apóstol quiere que pasemos en el temor el corto tiempo de nuestra mansion en esta tierra: ¿obedecen este precepto los que se entregan al juego, al baile ó al espectáculo impuro de la comedia?» (2).

No vemos qué es lo que puede responderse á los cuákeros bajo el punto de vista cristiano; así es que un sabio defensor de la ortodoxia los aplaude mucho por su aversion á la comedia: *Moehler* espera que el progreso de la cultura intelectual destruirá el teatro, ó por lo ménos, que semejante diversion quedará puramente destinada al populacho (3). ¡Esta es la pequeñez de las ideas cristianas! Shakespeare y Corneille, Goethe y Voltaire, Schiller y Racine entregados al populacho! ¡Y esto en nombre del progreso intelectual! En verdad no sabemos por qué critican los ortodoxos el espiritualismo exclusivo de los cuákeros; si tienen razon respecto de la comedia, la tienen también respecto de los juegos y de los festines y aún respecto de la ciencia. El Apóstol llama locura á la sabiduría humana; fieles discípulos de Cristo, los cuákeros rechazan todas las especulaciones filosóficas: «La Filosofía,

(1) BARCLAY, *Apologia*, xv, 2, p. 440.

(2) BARCLAY, *Apologia*, xv, 8, p. 459.

(3) MOEHLER, *Symbolik*, p. 496 y sig.

dicen, es el arte de hacer oscuro lo que es claro; hace escépticos y no fieles. Si quereis volver loco á un hombre que no sea muy sabio, hacedle aprender la lógica; miéntras que en su ignorancia podia ser bueno para algo, en lo sucesivo ya no será bueno más que para decir necedades.» La más absurda de todas las cosas absurdas es la filosofía aplicada á la religion; á los ojos de los cuákeros es una monstruosidad, una invencion del diablo (1).

Esto nos conduce al terreno de la doctrina. Los cuákeros participan completamente de las opiniones de los pietistas sobre la inutilidad de la Teología; reducen como ellos la religion á la práctica de las virtudes morales, pero son todavía más indiferentes respecto del dogma; casi pudiera decirse que no lo tienen. Esto consiste en el carácter distintivo de la secta, en la idea de la inspiracion interior. Todas las confesiones cristianas admiten una revelacion exterior; la venida de Cristo es la base del cristianismo histórico. Los socinianos mismos aceptan esta revelacion; la materializan en cierto modo, haciendo de la predicacion evangélica una ley. Los cuákeros, por el contrario, espiritualizan á Cristo hasta el punto de que la revelacion exterior llega á ser incierta, y en todo caso inútil. En efecto, enseñan que la revelacion es interior, que tiene lugar incesantemente por medio de la accion del Espíritu Santo que nos ilumina y nos santifica. Esta luz interior es la regla fundamental de la fe; la Escritura no es más que una manifestacion suya. La autoridad de la Biblia, omnipotente para los protestantes, desaparece para los cuákeros, y se reduce casi á nada, porque tenemos á Cristo en nosotros, es decir, al original viviente de su ley, miéntras que los libros santos no son más que una copia; esta copia es respecto de la luz verdadera lo que la muerte es respecto de la vida (2).

Esto parece una crítica de la revelacion, más bien que una confesion cristiana. Si llevamos á Cristo en nosotros, ¿para qué ha servido su venida? Si la luz interior ilumina suficientemente á todo hombre, ¿para qué una revelacion milagrosa? Si todos somos profetas, ¿para qué un profeta Hijo de Dios? Los primeros *cuákeros*

(1) BARCLAY, *Apologia*, x, 20, p. 258; x, 21, p. 260.

(2) BARCLAY, *Apologia*, *thesis* .II, p. 45 y sig.

no se hacian estas objeciones, y áun hoy los hay que creen en el Cristo exterior, pero la lógica de las ideas es más fuerte que la inconsecuencia humana; los *Amigos* han acabado por decir, como los libres pensadores, que un Hijo de Dios crucificado en expiación de nuestros pecados es una locura; no pudiendo admitir este sacrificio cruento, suponen que la historia de Cristo no es más que una alegoría, un mito (1). Llegados á este punto, la doctrina de los cuákeros se confunde con la de los unitarios, mejor dicho, con las ideas que en la humanidad moderna tienden á reemplazar al cristianismo tradicional; la revelación milagrosa se transforma en una revelación permanente, interior, que ilumina á todos los hombres.

En realidad no queda en los cuákeros nada del cristianismo histórico: siéndoles indiferente la venida de Cristo, ¿qué podría interesarles? Niegan el pecado original tal como lo entienden los ortodoxos; dicen que la creencia en la predestinación y salvación limitada de un pequeño número de elegidos es una injuria á Dios, una blasfemia. Enseñan que los hombres han podido salvarse antes de la venida de Cristo, como pueden salvarse hoy, sin conocerle; los que siguen la luz interior se salvarán, y esta luz ilumina al género humano desde Adán. En este sentido tienen razón al decir que su Iglesia es verdaderamente católica, porque es universal, comprende á todos los pueblos, fieles ó infieles; deberíamos decir que ya no hay infieles, como ya no hay creyentes, porque ya no hay artículos de fe, ni siquiera esa fe vaga en el Mesías, que Locke había creído necesario exigir. Los cuákeros no conservan nada de lo que caracteriza á las sectas cristianas. Atados por el texto de la Escritura, los socinianos conservaron el bautismo y la eucaristía, aunque prescindiendo de la idea de sacramento. Los cuákeros, que no tienen este respeto á la palabra escrita, rechazan el bautismo y la eucaristía como supersticiones paganas: piden que acabe el reinado de las ceremonias exteriores, y empiece el reinado del espíritu, la religión interior. Así se explica la empresa verdaderamente audaz de los *cuákeros* de fundar una confesión religiosa sin cuerpo sacerdotal, sin iglesia. La

(1) MOEHLER, *Symbolik*, p. 506, 510, 511.

aspiración de Moisés, el ideal de Lutero, se han realizado: todo hombre es sacerdote; la mujer misma, á quien todas las sectas cristianas reducen al silencio, puede tomar la palabra en la reunión de los *Amigos*:

¿Cómo, rechazando todas las señales distintas del cristianismo, pueden los cuákeros llamarse cristianos? Todavía lo son por su espiritualismo, y más consecuentes que los católicos y que los reformados. No por esto faltan contradicciones en la doctrina de los *cuákeros*; no tiene el rigor que nosotros le hemos dado al exponer sus últimos resultados; á cada instante aparece una preocupación cristiana; un elemento del cristianismo tradicional. Estas contradicciones son inevitables en las sectas cristianas que quieren conciliar lo que es inconciliable, conservar el cristianismo histórico y rechazar las bases en que descansa.

#### N.º 5.—*Conclusion.*

Hemos dicho que el protestantismo es un paso fuera del cristianismo tradicional, y que en sus últimas consecuencias toca á la Filosofía. Desde fines del siglo XVII lo ha hecho observar un celoso ortodoxo: «Todos los disidentes, dice *Jurieu*, tienen una cosa común, y es que no hacen caso alguno del dogma, y quieren que la religión sea totalmente práctica» (1). Sin embargo, los grandes reformadores del siglo XVI habían inaugurado la revolución religiosa exaltando la fe y estimando en poco las obras. Esto consiste en que la Reforma no era lo que Lutero y Calvino pretendían, un regreso al cristianismo primitivo; era realmente una nueva era religiosa. En vano los protestantes se defendían, como de una calumnia, de la censura de innovadores que les dirigían los católicos; en vano decían que estaban de acuerdo con la Iglesia en no querer progreso en la esfera de la religión; áun no había trascurrido el siglo XVI, cuando ya asomaba la idea del progreso religioso. Los arminianos vivían animados de la esperanza de que el siglo que había visto el principio de la revolución

(1) JURIEU, *La religion del latitudinario*, p. 8.

religiosa, vería, ántes de terminar, una luz nueva que eclipsaría con su claridad el conocimiento que hasta entonces había tenido la cristiandad de la palabra divina (1). Ya no se asustaban de lo nuevo: «No todo lo nuevo, decían, es falso por ser nuevo, de la misma manera que no todo lo antiguo es verdadero por ser antiguo. De otra manera tendríamos que abandonar los puntos principales de nuestra confesión, porque son nuevos respecto de las creencias de la Iglesia romana; y precisamente porque son nuevos, nos gloriamos con el nombre de iglesias reformadas» (2). Hé aquí á la Reforma, que confiesa el crimen que la imputan los católicos y que constituye su título de gloria; se llama reforma porque ha innovado; es un progreso sobre el catolicismo, lo cual implica que la religión es progresiva, y que el protestantismo, lo mismo que el catolicismo, no es más que un eslabón en la inmensa cadena del desarrollo de la humanidad.

A medida que las sectas se separan del cristianismo tradicional, se aproximan á la idea de una religión progresiva. Hemos dicho en otra parte que Jesucristo mismo inauguró la doctrina del progreso religioso en su célebre sermón de la Montaña (3). Los santos padres lo reconocen, pero la Iglesia, que tiene miedo del progreso, encontró medio de conciliar el progreso que respira en todas las palabras de Cristo con la inmutabilidad de la fe revelada, que es el fundamento más sólido de su poder; según ella, la fe revelada á Moisés es idéntica con la fe revelada por Jesucristo; el Hijo de Dios no hizo sino hacer más explícita la creencia de la antigua ley. No fué difícil á Socino rebatir las sutilezas inventadas por los ortodoxos para defenderse. «Antes de la venida de Cristo la revelación de Moisés era considerada como una ley perfecta, y sus sectarios siguen aún hoy en esta convicción. Jesucristo la adicionó, la perfeccionó; luego era imperfecta, y la doctrina evangélica es un progreso» (4). Los socinianos sostuvieron esta ley del progreso en el seno del cristianismo; no pensaban

(1) VORSTIUS, *Epist. eccles. et theolog.*, núm. 32, p. 56.

(2) ANDREAS REUCHLINIUS, *Epist. ad Is. Casaubonum* (1614, *Epist. Eccles. et theolog.*, núm. 240, p. 395).

(3) Véase mi *Estudio sobre el Cristianismo*.

(4) SOCINUS, en la *Bibliotheca fratrum polonorum*, t. II, p. 38.

en imponer un dogma fijo, inmutable; no tenían confesión de fe obligatoria para las conciencias; si redactaron un catecismo, fué para la enseñanza; ocurrió la necesidad de corregirlo y no se avergonzaron de ello (1). Los *quakers* profesaban ideas análogas; dijeron resueltamente que la religión era progresiva por su esencia: «Todo es sucesivo y progresivo en la naturaleza; esto mismo sucede con la luz del Evangelio; no ha reemplazado de una manera súbita las tinieblas de la apostasía católica. El alba del día disipa las sombras de la noche, pero no distinguimos claramente las cosas hasta después que ha salido el sol. De la misma manera el protestantismo ha sido solamente un principio de reforma; los reformadores han corregido los abusos, pero han conservado los principios de donde nacen. Ha llegado el tiempo en que el Señor quiere ser adorado en espíritu, y en que los hombres deben marchar en su luz» (2). Sin dejar de admitir la revelación, los *quakers* no se creían sujetos ni por la palabra escrita, como los protestantes, ni por la tradición, como los católicos; para ellos la verdadera revelación era la inspiración interior. La doctrina de la religión progresiva es en el fondo idéntica con esta creencia.

Ante esta consecuencia los ortodoxos se alarman. Dicen que no hay religión posible sin revelación, y que la revelación implica una verdad absoluta, como Aquél de quien emana; una fe que no está segura de sí misma, una fe que admite la posibilidad de un cambio, no es una fe (3). Responderemos con Socino que de hecho la fe revelada ha cambiado, que la verdad revelada por Dios á Moisés iba mezclada con errores, que la ley evangélica es un progreso sobre la ley antigua. Esto es religión progresiva. Añadiremos con los *quakers*, que la religión no ha dejado de ser progresiva, aún después del cristianismo; que el protestantismo es un principio de reforma y que Dios obra siempre en nosotros. Hay, pues, sociedades religiosas que viven con fe progresiva, lo cual basta para tranquilizar á la humanidad respecto de su porvenir religioso. No está condenada á volver á una fe que no puede

(1) FOCK, *Der Socinianismus*, t. I, p. 185-187.

(2) BARCLAY, *Apologia doctrinae vere christianae*, v, 10, p. 100; x, 5, p. 229; XIII, 11, p. 412.

(3) MOEHLER, *Symbolik*, p. 525, nota.